

H

EXPOSICIÓN REGIONAL LEONESA

1892

CERTAMEN LITERARIO

Alonso Pérez de Guzmán el Bueno

ODA

(Composición premiada)



LEÓN:

Imp. de Herederos de Miñón.

1892.



ST
COM

D
4
103-F.4

86-

ALFONSO PÉREZ DE GUZMÁN EL BUENO

ODA

(Composición premiada)

Autor = Rodríguez García, Arcadio

ALONSO PÉREZ DE GUZMÁN EL BUENO

ODA.

En lucha amor y deber,
suele el primero vencer;
pero los hombres de honor,
entre su patria y su amor,
deben la patria escoger.

¿Qué pasa por la mente
del noble, del ilustre caballero
Alonso Pérez de Guzmán, valiente
defensor de Tarifa, cuyo fiero
ceño denuncia tempestad violenta,
rencoroso pesar, dolor tirano?
¿Qué tormentoso afán, ó qué cruenta
pena le amarga, que, con ruda mano
febril, se oprime el agitado pecho,
hondos gemidos lanza,
golpéase la frente, con despecho,
y ayes deja escapar de odio y venganza?

¿Será que fiero el aguerrido alarbe,
 que le estrecha furioso y le amenaza,
 logró escalar el muro
 y hacerse dueño de la invicta plaza
 que él juró defender? No; que si en duro,
 penoso trance, por su mal, se viera
 de rendirse á los moros, prefería
 su plaza convertir en ancha hoguera
 y en ella arder, á verla un solo día
 esclava vil de la morisca fiera.

¿Será quizás que la traición impía
 en derredor le acecha
 y de algún servidor, del más querido,
 tal vez, le aguija la mortal sospecha
 de que le vende infiel? No; que ha tenido
 ocasión de probar que entre sus gentes
 no hay un solo traidor: acostumbrados
 á vencer ó morir, como valientes,
 no cabe la traición en sus soldados.

¿Qué pena, pues, le agobia? ¿Qué ignorada,
 negra maldad quebranta su firmeza?
 ¡Desdichado Guzmán!... A tu probada
 virtud, á la grandeza
 sublime de tu alma, á la fiereza

de tu valor indómito, debiste
 que el rey don Sancho cuarto te nombrára
 defensor de Tarifa, plaza mora,
 cuya conquista hiciste
 al servicio del rey... ¡Ay! en mal hora
 te confió su guarda y arrogante
 juraste en su defensa, decidido,
 perder la vida, que el traidor Infante
 don Juan, mal avenido
 con su hermano don Sancho y denodado
 paladín del alárabe, ha jurado,
 y cumplirá, de fijo,
 sin vacilar, su torpe juramento,
 su bárbara amenaza
 de degollar á tu inocente hijo,
 si no haces hoy entrega de la plaza.

¿Que harás en tan cruel alternativa?
 ¿Cómo tu honra conservar ilesa?
 ¿Cómo lograr que el inocente viva?
 Traidor á la promesa
 que hiciste al rey, ¿doblegarás cobarde
 la soberbia cerviz al mandamiento
 del Infante don Juan, ó en un alarde
 de entusiasmo febril, el sentimiento
 de tu deber al de tu amor ahogando,
 desdeñarás, altivo, la amenaza

del Infante rebelde, condenando,
 tu mismo, al inocente
 vástago ilustre de tu noble raza?

¿Que harás?... ¡Horrible, borrascosa lucha
 se está librando en la agitada mente
 de Alonso Pérez de Guzmán!... Si escucha
 los gritos de su amor, debe rendirse
 y queda para siempre deshonrado;
 si la voz del deber, luchar, batirse
 como el primer soldado,
 dando ejemplo á los suyos, resistirse,
 sin cejar en la brecha, siempre atento
 al peligro de todos, siempre osado
 hasta exhalar el postrimer aliento.

¿Lo hará Guzmán así?... ¡Pronto llegada
 será del plazo la funesta hora,
 por el rebelde Infante señalada!
 ¡Ya el vil don Juan y la canalla mora,
 que, traidor á sus lares, acaudilla,
 rodean la ciudad! ¡Ya preparada
 lleva el Infante la fatal cuchilla
 que segará, inclemente,
 del pobre niño la gentil garganta,
 ¡ay! por infame crueldad que espanta,
 solo del fallo de Guzmán pendiente!...

—Y bien, ¿qué importa? —con viril coraje,
 grita Guzmán y rasga y pisotea,
 con terrible furor, el vil mensaje
 del Infante rebelde;—aunque así sea;
 aunque el traidor Infante, en su despecho,
 bebe en mi hijo su rencor salvaje
 y hunda el puñal en su inocente pecho,
 cumpliendo, impío, la feroz sentencia,
 yó dictaré mi fallo
 conforme á mi conciencia
 de caballero y de leal vasallo;
 yó, aunque de pena el corazón estalle,
 daré á mi honor satisfacción cumplida.
 ¿Qué es una vida al fin? ¿Qué la existencia
 del hijo de mi amor, ante la vida
 y el honor de la Patria? No su muerte,
 si así lo ordena mi contraria suerte;
 no su sangre adorada, que es la mía,
 la de toda mi gente,
 la de toda mi raza, juntamente,
 y gota á gota derramar vería,
 primero que ceder, cobardemente,
 del vil don Juan á la amenaza impía.—

Así Guzmán exclama y, con bravío
 fiero ademán, calándose el dorado
 casco brillante y al siniestro lado

prendiendo al cinto la tajante espada,
 se apresta á combatir, cuando á la puerta
 del gótico salón, que estaba abierta,
 súbito presentándose angustiada
 una dama gentil, enagenada
 por el exceso del dolor tirano,
 así le increpa con nervioso acento:
 —¡Bárbaro! ¿dónde vais?... Si mi tormento
 no os mueve á compasión; si ciego y vano
 y déspota y cruel y parricida,
 tenéis en más el torpe juramento
 prestado al rey, que la preciosa vida
 de mi inocente desgraciado hijo,
 en cambio yo, que le llevé en mi seno,
 que le he criado con afán prolijo,
 tengo su vida en más que vuestro huero
 pundonor de vasallo y de guerrero,
 y sabré defenderla, palmo á palmo,
 de vos, del rey, del Universo entero.

¿Cómo osáisteis pensar que acataría
 sumisa y débil, tan cruel decreto?
 ¿Confiábais, tal vez, que no podría
 llegar á sorprender vuestro secreto?
 ¡Cuán necia me juzgáis!... Supe al instante,
 por un fiel servidor, la felonía
 de ese traidor y renegado Infante;

y como ya os conozco y la hidalguía
 de vuestra alma penetro y la grandeza,
 cautelosa os seguí y en esa pieza
 que dá acceso al salón os espiaba:
 os he visto sufrir, he comprendido
 lo que por vos pasaba;
 la lucha entre el honor esclarecido
 del valiente adalid y el acendrado
 cariño paternal y cuando airado
 os ví luego romper el pergamino
 del infame don Juan, en el momento
 comprendí vuestro ciego desatino,
 y loca, estremecida
 de espanto, y de terror, á este aposento
 me lancé, decidida
 á luchar contra vos, dispuesta á todo,
 por defender la vida
 de mi adorado hijo,—

—¿Y de qué modo?

¿Con qué medios contáis, noble señora,
 dice Guzmán, para evitar su muerte?

¿Rindiendo, acaso, á la canalla mora
 la plaza de Tarifa?... De esa suerte,
 podéis contar de fijo

que su vida salváis; pero os advierto
 que, al rescatar al hijo,
 encontraréis á vuestro esposo muerto,

¿Qué? ¿lo dudáis acaso? ¿Adónde iría

mi vergüenza á ocultar y mi deshonra?
 ¿Pensáis, señora, que vivir podría
 Alonso Pérez de Guzmán sin honra?
 ¿Qué diría mi rey? Castilla entera
 y hasta mi propio hijo ¿qué diría,
 cuando mi nombre mancillado viera?
 Los nobles, los hidalgos y pecheros
 que, en torno á mi bandera,
 derramaron su sangre por Castilla,
 ¿qué dirían de mí... del caballero,
 sin honra, sin conciencia, sin decoro,
 que, traidor á las huestes que acaudilla,
 cobarde y vil, las entregaba al moro?

¿Tal infamia en Guzmán!.. ¡Tanta mancilla
 sobre mi noble raza!...
 ¡Oh!... nó, no le esperéis!.. Venga, en buen hora,
 el alárabe infiel sobre esta plaza:
 gánela en buena lid, que yó, señora,
 ni he de ceder, cobarde, á la amenaza
 del Infante don Juan, que la codicia,
 ni vuestro amargo lloro
 la vara torcerá de mi justicia;
 que aunque sufro, cual vos, aunque os adoro
 y duéleme escuchar vuestra querella,
 que no puedo atender, morir matando
 juré al rey mi señor, por defendella;
 y he de salvarla ó sucumbir con ella.—

Así dijo Guzmán y rechazando
dulcemente los brazos de su esposa
que le escuchaba atónita y temblando
y le estrechaba entre ellos cariñosa,
abandonó el salón; de su morada
traspuso los umbrales, con seguro
paso veloz y dirigióse al muro.
Tras él desconsolada,
llorando sin cesar y de él asida,
la triste madre, de dolor transida,
y sueltos y en desórden los cabellos,
rogando por la vida
del hijo de su amor y, en torno de ellos,
sombrios, consternados,
sus deudos, sus amigos, sus soldados,
que la horrible tragedia presagiaban,
y, del valor titánico pasmados
de Alonso Pérez de Guzmán, temblaban.

—¡Ah del traidor!... con iracundo acento,
gritó Guzmán y hasta la hueste mora
llevó su voz estremecido el viento.
¡Ah del Infante vil!... Llegó la hora
de dar contestación al pergamino,
que me entregó servil tu mensajero;
¿quieres saber cuál es? Oye, asesino,

y aprende en un valiente caballero,
lo que alevoso y ruin, torpe y villano,
no debiste olvidar: si estas murallas,
que juré defender al rey tu hermano,
provocan tu ambición, ven á ganallas,
como cumple á un hidalgo castellano,
en franca y buena lid; mas si inhumano
traidor y vil, cumpliendo la amenaza,
que envuelve tu mensaje,
en sangre, impío, de mi noble raza
vengar prefieres tu rencor salvaje,
no me verás temblar: altivo y fuerte,
presenciaré el sangriento sacrificio
de mi hijo infeliz; y si, por suerte,
sayón cruel, verdugo en ejercicio,
puñal no tienes con que darle muerte,
¡ahí el mío té vá!.. ¡cumple tu oficio!—

Y así diciendo, hácia el contrario bando
su diestra airada, con impulso rudo,
lanzó el acero que partió silbando;
tembló la gente toda; un grito agudo
rasgó el aire sutil y, traspasada
por intenso dolor, sobre su esposo
cayó la triste madre acongojada.

Solo Guzmán, apellidado el *Bueno*
desde aquél memorable hecho glorioso,
pudo mirar, impávido y sereno,
la muerte de su hijo: solo un hombre
tan leal, todo honor y patriotismo,
pudo ejemplo tan grande de heroísmo
legar á España, acrecentar su gloria
y eternizar su nombre
en los anales de la patria historia.





